



Navidad, Misa del día

El nacimiento de Jesús es contemplado por la Iglesia en la gran riqueza de su significado a través de las lecturas de las tres Misas de la fiesta: de medianoche, de la aurora y del día.

Por la noche, el evangelio narra la «buena noticia» del nacimiento de Jesús en Belén y la revelación a los pastores de su significado salvador para Israel y para todos los hombres. (cf Lc 2, 1-14).

En la Misa de la aurora se narra la respuesta de los pastores al anuncio del nacimiento del Mesías: su rápida visita al establo de Belén y su contemplación del niño recién nacido. A la vez se recuerda que “María guardaba todos estos acontecimientos y los meditaba en su corazón” (Lc 2, 19).

Finalmente, en la Misa del día, hemos proclamado el prólogo del cuarto evangelio. Este texto nos revela que ese niño venido al mundo es verdaderamente la Palabra misma de Dios, el Hijo que vive en Dios desde la eternidad, como confesamos en el credo: “Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero”.

Este prólogo es una reflexión sobre la gloria de Dios que se hace visible cuando la Palabra se hace carne y habita entre nosotros; el texto alcanza su punto central al afirmar: “*Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad*”.

Hoy estamos invitados a acoger esta revelación con amoroso asombro y a pasarla al corazón con actitud de contemplación.

En el principio, antes de toda la creación, en la eternidad, existía la Palabra, y esta Palabra estaba en Dios y era Dios. Por medio de esta misma Palabra de Dios todo fue creado, y todo aquello que ha llegado a existir tenía vida sólo en ella (cf. Col 1, 15-17). Esta palabra era vida y luz para toda la humanidad: ella ha brillado con luz propia en la historia humana y las espesas tinieblas del mundo no han sido capaces de sofocarla.

Un hombre enviado por Dios, Juan Bautista, vino para dar testimonio de la luz, es decir, para conducir a los hombres a la fe en el Hijo de Dios. Pero su misión de precursor no tuvo éxito; la luz por él anunciada no fue acogida. La Palabra de Dios, el Hijo de Dios, ha venido en medio de su gente y no ha sido recibido. Sólo algunos han creído en él y se han convertido en nuevas criaturas e hijos de Dios.



Para llevarnos a participar de su condición divina, el mismo Hijo de Dios se ha hecho carne frágil, hombre como nosotros, ha venido a habitar entre nosotros, mostrando de esta manera su gloria a cuantos se han adherido a él y lo han seguido.

Ésta es, por tanto, la verdad profunda y al mismo tiempo «escandalosa» de la Navidad: en Belén nace de María un niño que es la Palabra misma de Dios humanizada, es el Hijo de Dios que se ha hecho hijo del hombre.

¿Qué falta por decir? Lo que el prólogo añade en su versículo conclusivo: “A Dios nadie lo vio jamás”; y esto, que era verdad en los tiempos antiguos, lo es hoy y lo será en el futuro; tan sólo lo veremos con nuestros “propios ojos” (Is 52, 8) en el encuentro con Él “cara a cara” (1 Cor 13, 12), después de la muerte. Nadie puede ver el rostro de Dios y quedar con vida (cf. Ex 33, 20).

Pero con la venida de Dios a vivir entre los hombres, y mediante la fe, podemos nosotros ver a Dios; conociendo al hombre Jesús, contemplándolo en sus palabras y en sus acciones, y siguiéndolo desde su nacimiento hasta su muerte en la cruz, hemos conocido a Dios. El mismo Jesús, “el Hijo único” y la Palabra de Dios hecha carne, “nos lo ha dado a conocer”, nos lo ha contado y explicado.

Y en Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, nos da a conocer Dios al hombre en su plenitud, al hombre perfecto a semejanza del cual hemos sido creados como imagen de Dios. En Jesús, Dios da a conocer al hombre lo que es el hombre. Por ello pudo decir Jesús: “yo soy la verdad”, “yo soy la luz del mundo”. Por ello, la fe es apertura de los ojos a la luz de Cristo. Y quienes creemos en él estamos en la luz y somos su luz. El mismo Jesús dijo a sus discípulos: “*Vosotros sois la luz del mundo*”.

El gran don del nacimiento del Hijo de Dios es la revelación del misterio de Dios y del misterio del hombre, el conocimiento de Dios y el conocimiento del hombre. Ambos son inseparables y tienen su nexo de unión en Jesús, en quien Dios y el hombre están unidos de forma perfecta e irrevocable.

Por ello el cristianismo se encuentra todo resumido en Jesucristo: en él está la diferencia con el Israel creyente y con todos los demás caminos de fe o de sabiduría humana. Jesús dirá posteriormente en el cuarto evangelio: “El que me vea mí ve al Padre” (Jn 14, 9), es decir, el que me vea mí, hombre, carne frágil, puede descubrir en mi vida plenamente humana, la revelación que yo hago de Dios.

En esto muestra el cristianismo su diferencia también respecto a los otros monoteísmos, porque nuestra fe es adhesión a un Dios hecho hombre, a Jesús el Cristo, y, por medio de él, a Dios: “Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14, 6), dirá el propio Jesús.

El Evangelio es esta buena noticia: ahora, en Jesús, el hombre y Dios son ya la misma cosa; y en Jesús, nuestro hermano, hombre como nosotros, los hombres estamos llamados a ser hijos de Dios y partícipes de su condición divina y de la vida eterna.



Carlos López Hernández

Según el Evangelio de Juan, *“esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo”* (Jn 17, 3).

Y Jesús nos ha dado a conocer el nombre de Dios para que el amor de Dios a Jesús esté también en nosotros (Jn 17, 26). Sabemos que conocemos a Dios si guardamos sus mandamientos. *“Quien dice: yo lo conozco, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él”* (1 Jn 2, 4). *“Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él.”* (1 Jn 4, 7-8).

Como consecuencia de la crisis económica son ocho mil cien las familias de Salamanca, en las cuales todos los miembros carecen de empleo y de prestación económica. Los que, en esta celebración del Nacimiento del Hijo de Dios en carne humana, confesamos haber conocido el amor de Dios y creer en él, tenemos que acreditar la verdad de nuestro conocimiento de Dios con la ayuda generosa y organizada, con preferencia a través de Cáritas, a las familias que están en tan dramática situación de necesidad. E igualmente con el testimonio de la fe y del amor ante quienes todavía no han reconocido que *“la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo”* (Jn 1, 17).

Salamanca, 25 de diciembre de 2010